Julio 1927
Tomo XVII : [illegible] : 105-110
N° XLIX

A
R
v.17

# Revista de Occidente

Director:

José Ortega y Gasset



Tomo XVII

*Julio * Agosto * Septiembre*

1927

—

Avenida de Pi y Margall, 7

Madrid

115332

te... No espere de mí ni bondad, ni dulzura, ni mentiras. Me es tan imposible dolerme de usted como quererla. No puedo hacer sino prestarme a su locura. No puedo mentirle, como he mentido a las otras. El deseo de la verdad se hizo en mí tan fuerte como el deseo. ¡Desnúdese!

La Histérica. — (Débilmente, arrastrándose a los pies del Hombre.) Las cortinas... Corra usted las cortinas.

El Hombre. — ¿Qué edad tiene usted?

La Histérica. — Veinticinco años.

El Hombre. — Las cortinas pueden quedar abiertas. (Se abrazan.)

*H.-R. Lenormand.*

*(Continuará.)*

# Notas

## ENRIQUE CASAS: *Las ceremonias nupciales. Estudio de los ritos de profilaxis sexual privada y pública.* (Editorial Páez. Madrid, 1927.)

EL autor no ostenta pretensiones de contener en el estrecho recinto de un libro el océano de observaciones y teorías publicadas en lo que va de siglo, acerca, no tanto de las ceremonias nupciales, cuanto de la profilaxis sexual privada y pública, siempre que por profilaxis se entienda, no la médica preservación de enfermedades sexuales, sino la de los supuestos peligros que las relaciones entre los sexos llevan consigo, pues que los primitivos, ignorantes de la existencia de los microbios, sólo luchan contra los espíritus malignos. De aquí que se preserven igualmente de los contactos de sanos que de enfermos, sin más distinción, en tanto la higiene sólo pone en guardia contra los últimos.

Casas se muestra dolido de la desventura de que ha sido acompañado el estudio de los ritos sexuales, pues aún siendo ya numerosas las monografías en que se registran las ricas variantes de las costumbres nupciales, está todavía, en su opinión, por aparecer el trabajo — de síntesis lograda y de condigna

competencia de calidad—que haya conseguido «reconstituir, por estos fósiles del pasado, un tipo de cultura elevadísima—la cultura sexual—que, arrancando de las épocas de celo y diferenciándonos de los demás animales»—bien por desequilibrios nerviosos, provocados por estos excesos mismos, según el autor imagina, o por otras causas que no hay por qué discutir ahora—, ha civilizado las meras relaciones sexuales, de puro origen biológico, al extremo de alzarlas al rango de relaciones sentimentales.

Nuestra vida, en el orbe sexual, ligada primigeniamente con el concierto del Cosmos, parece mostrar callados, pero patentes, anhelos de independencia. En el transcurso de este devenir sin detención, se hace patente una situación vagamente religiosa, expresión exterior y manifiesta en que se ostenta lo que en todo tiempo y lugar el hombre tiene de metafísico, deseo irresistible, y a veces impetuoso, de superar, por un mecanismo, más o menos consciente, de liberación, la física terrestre.

El empeño principal del libro presente de Enrique Casas se limita a recoger numerosos testimonios del temor a las relaciones sexuales, del cual se han originado infinitas costumbres «envasadas con rótulo equivocado». El autor trabaja por trasegar su contenido a vasijas adecuadas y devolver el envase inconveniente.

Para Casas, de esta época cultural datan, y lo corrobora con aseveraciones de extrema agudeza, las invenciones anónimas de la humanidad—obtención del fuego, domesticación de los animales, cultivo de la tierra—«que han hecho carrera y las patenta hoy la ciencia por las aplicaciones prácticas que encontraron, pero sin que fueran buscadas». De esta misma época data «la revolución sentimental más grande que han visto los siglos: el horror al incesto, que arrinconó a lo inconsciente gustos heredados y abrió en los sentidos aduanas estéticas para el comercio sexual con extranjeros».

De la misma época arrancan las ceremonias nupciales, vacuna sexual que por inmunizar las relaciones entre dos (monogamia) o más (poligamia) personas, concedía privilegio de permanencia en la comunidad para el disfrute inocuo de los placeres venéreos en donde debe buscarse, si no el propio origen de la familia, al menos el comienzo de su estabilidad y consolidación.



Para el autor es evidente que, en su decidida intención de chasquear a los espíritus, la soltera se sirve de medios diversos con que escamotear su personalidad para casarse. Los medios—para el salvaje sustantivos en sí, aún horros de significación moral—, muy variables y transigentes con posiciones diversas, se encaminan a un mismo fin: burlar la sagacidad y astuta malevolencia de los espíritus.

El romano impedía penetrase la novia por su pie en el domicilio conyugal, alzándola en brazos al atravesar el umbral, costumbre común, no sólo a Roma y al Peloponeso, sino a pueblos tan distintos y distantes como abisinios, chinos y pieles rojas del Canadá, no en recuerdo de un rapto anterior—que Casas duda si ha existido—, sino con el firme propósito de borrar todo rastro del camino hollado por la mujer, pues que los salvajes siguen la pista por las pisadas. En Samoa y en las islas Cook, la novia no pisa el suelo, y aún entre nosotros, europeos, acaso en recuerdo de un pasado lejano y temeroso—en gran parte olvidado, pero que a retazos se identifica y reconoce en las herencias subconscientes—, se alfombra a la novia el camino de la iglesia al coche. La pérdida o sustitución intencional del calzado; el barrido del camino que con la cola de su traje hace en África la novia kavirondo, y otros muchos casos semejantes, no son sino expresión de la necesidad de burlar a los espíritus, despistándolos para escapar a su persecución incesante.

La «ambaria» marroquí en que se encierra—por temor a que los sagaces espíritus la descubran y dañen—y conduce la desposada a casa del marido, en tanto van de batidores los que tirotean haciendo el despejo de ánimas, tiene significación semejante. Los beocios destruían por el fuego el timón del carruaje que había conducido la novia al domicilio conyugal, y si, por meros motivos de sordidez, no era quemado el coche

entero, bastaba con que lo fuera al menos la pieza por excelencia guiadora, la que había aprendido y despejado el camino, obediente al conductor, y podía revelarle a los espíritus temibles,

En otros pueblos—isla de Markem, bajo Congo, Battas de Sumatra, etc.—ya no se trata de borrar la leve impronta que los pies dejaron al hollar la tierra. Se estima de mayor eficacia que los recién casados ocupen domicilios provisionales para mudarse en breve, y que con repetidos cambios de casa, los espíritus, siempre en acecho, acaben por encontrarse desorientados. Otras veces se albergan en chozas ocultas que, por servir de refugio a los pecados de amor, libra a los desposados de la justificada cólera de los espíritus. Con sus repetidos traslados la mujer habita en la demarcación de otros espíritus que, por serle desconocidos, no reparan en ella, o ella no teme, en tanto se aleja de los que tan gravemente la han atemorizado de soltera.

El propósito de despistar aparece patente en las recién casadas beduínas, samoyedas, circasianas y algunas tribus brasileñas, pues que durante el día proceden como solteras y de noche, según afirmación del autor, «se escurren a casa del marido». Los turcomanos, galantes, son los que, a la inversa, van a casa de la esposa durante la noche, como en el bello y viejo mito de Eros abrazando tímidamente a su amada Psiquis, que le sonríe con ingenuo gozo.

En ciertos pueblos—Kambo; Ramba y Tori, de Nueva Guinea holandesa; Ceram, Fidji, isla de Arú, por ejemplo—, los casados, desertando de su propio hogar, viven separados y se visitan, para amarse, en el bosque amparador, en cuyos claros Psiquis sorprende mariposas.

Acaso en este mismo orden de ideas esté para nosotros, civilizados, la explicación—no obstante el lento alquitaramiento, a longo de sucesivos milenios, que ha quintaesenciado en exquisita depuración las ideas primitivas— de que todavía tengamos por pecado funciones que en el plano imparcial y desinteresado de la biología, son tan amorales como la nutrición o



la marcha. Y el ocultarnos para su realización, el guardarnos de los demás y aun de la luz del día—cuando no lo hacemos para otras funciones—, ¿es todavía recuerdo vago, ruina desmantelada, del antiguo temor a los espíritus? Ideas son estas pertinentes a un mismo linaje, cuya genealogía no es de difícil identificación.

Para el autor, el rapto es pura leyenda que ha creado una errónea interpretación de símbolos, al punto de que una revisión inteligente y acabada de las ceremonias nupciales, reduciría a un mínimo insignificante los vestigios fehacientes de rapto El aparato bélico que precede o en que se envuelve la ceremonia matrimonial, tiene por fin escamotear la función a los ojos de los espíritus; se les engaña y distrae su atención con las peripecias de una escaramuza en tanto se realiza «el alijo de la boda».

El rigor—no superado en ningún otro delito—con que entre los primitivos se pena el incesto o su tentativa, es prueba del ímpetu irresistible con que el hábito incestuoso alienta todavía. Únicamente nuevos hábitos exogámicos han sido capaces de contrarrestar y atenuar—mas sin abolirlas—las hereditarias tendencias al incesto. Sólo los monarcas—los Ptolomeos, los reyes partos—o los magos—los magos caldeos esposaban con sus madres—y aun los dioses mitológicos, en suma, los situados por encima del derecho común, libres de rendir cuentas a nadie, realizan incesto, entregados a sus deseos más íntimos, pues que los afectos retrogradan cuando el individuo se siente fuerte para desafiar las sanciones sociales.

Otras muchas e interesantes partes comprende el libro a nuestra consideración sometido. Los llamados ritos de agregación, los numerosos ritos de la desfloración en que se confinan la «desfloración en cuadrilla»—nunca expresión de promiscuidad primitiva—, el noviciado matrimonial, la prostitución religiosa—para conjurar los supuestos peligros de la desfloración, pues que al extranjero se le supone, como al sacerdote, dotado de cierto poder mágico, ya por asegurar la fecundidad, como en la invocación que de la diosa Milita (la que favorece o

ayuda a engendrar) hace el extranjero sobre la babilonia al tiempo de arrojar la moneda en su regazo — y la desfloración por piedras, árboles, animales y astros. Los ritos de profilaxis sexual pública, los ritos de tránsito, los de fecundidad y los llamados ritos de fortuna — tales la desnudez y aun el propio comercio sexual, pues se cree favorece la vegetación y multiplicación de los animales, por cuya razón es frecuente se ofrezca incorporado con ritos agrarios —, motivan otros tantos capítulos rebosantes en sugerencias. El capítulo en que se demuestra cómo los sacrificios humanos no son al cabo sino redenciones sexuales del individuo o de la colectividad, es uno de los más atrayentes y sugestivos. El redentor sacrificado no es sino la víctima expiatoria que el impuro ofrece para redimir sus pecados sexuales, sustituyendo la totémica con sangre extraña.

Muy resumidas sus líneas generales, tal es el nuevo y muy interesante libro del Sr. Casas, ya autorizado por su anterior *La covada y el origen del totemismo* *, y que en la actualidad prepara *El origen del pudor*. Dotado el presente, como el primero, de una grande y firme riqueza conceptual, se advierte en él una mayor, y mejor atendida, preocupación de rigorismo científico. — *JUAN DANTÍN CERECEDA.*

## FRANZ ROH: *Realismo mágico* **

HACIA falta un libro orientador, sagaz, documentado. Hacía falta este libro, que viene a ordenar el caos de la pintura moderna europea y a dar a conocer el estado actual de sus problemas. Porque ocurre, que el público, no el público vulgoroso e indistinto, sino el público culto, se halla muy despistado respecto a tanta escuela acabada en «ista», único acabamiento nominal que las congruye.

En la escuela «vanguardista» — que no es escuela — comprenden muchos todas las clases de pintura de estilo modernizante, que ven u *oyen*. Porque el vanguardismo ha venido a ser el calderón de todo el arte nuevo. (Rossini cuando, al dirigir una orquesta, notaba que unos instrumentos se adelantaban y otros se retrasaban, decía: «En el calderón nos encontraremos».) En arte, todo lo que las gentes llaman raro, y todo lo que lo es; todo cuanto ahora viene al mundo con el estigma de la originalidad, suele englobarse y reunirse en este concepto: vanguardismo.

Sin embargo, hay muchas tendencias y elementos diversos en la llamada pintura de vanguardia. Franz Roh, las estudia, pasando por alto las minucias dogmáticas de las innumerables sectas y fijándose sólo en las grandes normas que han regido la pintura moderna. Desde el impresionismo hasta nuestros días. Hasta 1927.

En visión de conjunto, reduce toda la pintura moderna a dos grandes movimientos, a dos grandes estéticas. El impresionismo y el expresionismo. El impresionismo termina en los primeros años de nuestro siglo, dando lugar a una reacción violenta en el espíritu estético de una generación, ya claramente divorciada del XIX.

El artista de esta generación, rechaza la máxima «del color por el color» y la simple espacialidad aérea de los impresionistas. Conquista la dimensión de profundidad. Ansiosos de estructuras, se esfuerzan en violar la superficie plana, y si, en verdad, no lo logran, porque ello supone un imposible físico, se acercan lo más posible a esta ilusión integral, con el cubismo. El cubismo, pues, significa para Franz Roh, la primera manifestación expresionista. Pero en el cubismo todavía existe un resabio impresionista. Un resabio gauguiniano. De intención y dimensionalidad, todavía «taitianas». Mas, cuando el cubismo se centra en la ley geométrica que le corresponde, el

* Véase REVISTA DE OCCIDENTE, núm. XXX págs. 375-380. Madrid, diciembre de 1925.

** Ediciones REVISTA DE OCCIDENTE, trad. del alemán por Fernando Vela. Con 92 ilustraciones.